

derle más caramente luego á Raquel. En efecto, paga Jacob á subido precio las dos, y se parte con ellas á otras tierras. Pero, al irse, Raquel despoja la tierra de sus padres y se lleva consigo desde los rebaños hasta los penates de Labán. Así llegó á enriquecerse, por estos medios, el nieto de Abraham, y á contar en las alabanzas bíblicas novillos, camellos, criadas y esclavos. Mas el nómada necesita para pasar de la vida errante á la vida culta una población, si queréis una ciudad, que sirva como de hogar á sus gentes, y la obtiene allá en Siquem, de jardines umbríos y de horizontes celestes. Y ¿cómo la obtiene? Llevaba consigo el patriarca once hijos y su hija Diná. Como Sara sirvió con su hermosura de cebo para que Abraham allegara grandes riquezas en Egipto, y Rebeca sirvió de cebo para los filisteos, Diná sirve para la tierra y la gente de Siquem. Jacob, circunciso ya, no podrá entregar su hija de ningún modo á los incircuncisos. El príncipe de Siquem, enamorado perdidamente de Diná, conformárase, como todos los suyos, con la dolorosa operación. Y cuando enfermos, febriles, víctimas del dolor, yacen postrados, Jacob, aprovechando su debilidad, se lanza traidor sobre todos ellos y conquista por tan pérfido modo la ciudad.

Para ver el estado y condición de las mujeres entre los hebreos, y cómo la poligamia se iba sobreponiendo siempre á las prescripciones y tendencias de los libros sacros, contaremos los hijos de Jacob, quien tuvo en Lía ocho, en Raquel dos, y en varias esclavas suyas cuatro. Josef, el penúltimo de sus hijos, reinó con el carácter de ministro é in-

térprete de sueños, en Egipto, y al Egipto llamó á su padre Jacob y sus hermanos, quienes de hambre se morían por la tierra de Canaán, y les dió el valle de Gessé, fecundos y fertilísimos campos en el Delta. Durante algunos años creyóse cosa fácil absorber las tribus hebreas en el imperio egipcio; pero la claridad concretísima de sus creencias, la firmeza de su voluntad, el culto guardado al santo Dios de Abraham, debían mantenerlos aparte de la sociedad que por doquier los rodeaba y que otros menos constantes hubieran absorbido por los poros de su espíritu. Prolíficos los israelitas, aumentábanse con gran rapidez en su tierra, y tan trabajadores como económicos, crecían en la industria y en el comercio. Poco dados á cuidar del cuerpo y á lavarlo, por este descuido, tan dañoso para las razas meridionales en sus climas ardientes, de suyo sujetas al sudor y á la evaporación, fácilmente contrajeron en la piel enfermedades tan asquerosas como la terrible lepra levantina, captándose con esto, no el amor de los pueblos, en cuyo seno residían, sino ascos ocasionados á odios determinantes de aquellas persecuciones, á las cuales huyeron por medio del glorioso Éxodo de Egipto. A pesar de esto, las egipcias gustaban mucho de unirse con los hebreos en matrimonio.

Egipto, por aquel tiempo, asemejábase á todos los imperios orientales. Los templos llenos de ídolos humeaban incienso y despedían suaves conciertos. El palacio de los reyes competía con los templos en soberbia, diferenciándose tan sólo en que aquí los ídolos vivían y andaban. Las modas asi-

rias pasaban el istmo de Suez y las babilónicas sátrapías brotaban por todas partes. Si en los templos rodeaban al ídolo sacerdotes innumerables, en los palacios rodeaban al Faraón magos y astrólogos. Mientras el templo resonaba con los oráculos, el palacio resonaba con las adivinaciones. Doquier había una eminencia, una torre, un observatorio, una pirámide que rompiera la uniformidad monótona del desierto y levantase un poco al hombre del suelo, escudriñábanse las sentencias compuestas por las letras de los astros en la inmensidad azul del espacio. Todo Egipto ardía en fiestas, ni más ni menos que la Nínive de Sardanápalo y la Babilonia de Baltasar. Quiromantes, cubileteros, hechizadores, bailarines, flautistas, adormecedores de serpientes, retóricos, rodeaban al rey, que consumía la vida pasando hastiado é indolente de los festines á los harenes en busca del placer. Ejércitos extranjeros y mercenarios celaban y defendían aquel dios de la crápula quien, para buscar á sus ocios algún divertimento, inscribía en sus legiones de cortesanos todo aquel que descollaba por cualquier título, sin curarse, ni de su origen, ni de su tribu, ni de su oficio, con tal que fuese como un astro á engarzar en los techos de sus palacios y en las graderías de sus tronos. Así os explicaréis la fortuna de Moisés y su presencia entre los cortesanos egipcios.

En aquellos arrebatos de cólera, comunes á todos los déspotas asiáticos, terrible sentencia de muerte, pesó cruel sobre los niños hebreos, y de tal sentencia escapó Moisés por haberlo confiado su madre á las aguas del Nilo en cuna de mimbrés. Así pudo

cumplir su ministerio histórico y desarrollar su vida providencial. Como la enemiga entre los egipcios y los hebreos no se daba entonces tregua, herido é insultado Moisés por uno de aquéllos, matólo de un golpe con su propia mano, y lo enterró en las arenas del desierto. Tal arresto le obligó á expatriarse del valle de Gessé para irse al país de los madianitas en Arabia. Unos diez lustros vivió allí, en aquella tierra de revelaciones, donde las arenas del desierto, resplandeciendo ideas, y las zarzas del Oreb, encendidas por los fuegos del cielo, reveláronle á una el culto y el nombre de Jehovah. La voz del Dios de sus padres corrió allí en alas del simoun. Bien es verdad que las ideas traídas por Abraham de los territorios caldeos, los libros de Zoroastro divulgados á la sazón por todas aquellas regiones, y los ejemplos de prácticas ciencias aprendidos en la corte de los Faraones, le comunicaron ideas aumentadas por su residencia entre los madianitas puestos por Dios en una especie de encrucijada misteriosa donde convergían grandes peregrinaciones y todas las caravanas que iban del mar Rojo al interior de Asia. Por estos medios, por estos caminos, por estas circunstancias, las ideas esparcidas en tantos espacios iban á una condensándose poco á poco en el alma de Moisés, á la manera que se condensa el éter en los núcleos de los soles.

En esto murió el rey bajo cuyo dominio habíase por necesidad expatriado Moisés. Así pudo ya volver. Aarón, su hermano, le salió al encuentro, y hallólo, caballero en humilde asno, con su mujer y sus hijos, llevando el divino báculo de los patriar-

cas en sus manos. El nuevo rey exageraba las construcciones colosales y constreñía el israelita de Gessé á trabajar en ellas. El gran descontento que tales trabajos, de suyo penosísimos, traían á los nietos de Abraham, deslizó en la conciencia de Moisés una idea, la de conducirlos á otros territorios donde mandarían ellos en vez de obedecer á los tiranos. Así presentóse ante Faraón para pedirle que permitiese á los suyos una peregrinación en el desierto, donde se consagrarían al culto y adoración de su Dios. Faraón desoyó la súplica y agravó el servil trabajo impuesto como yugo á los nietos de Abraham. Entonces las ranas crecieron en las aguas, los mosquitos en los aires, malignas pústulas brotaron en las pieles de los hombres, nubes de granizo y piedra se desgajaron sobre las cosechas de los campos, ocultáronse los cielos tras las ráfagas del huracán cargadas de arena y hedieron hasta las aguas del Nilo misterioso, las víboras levantaron sus cabezas y esgrimieron sus áspides en términos tales que parecía próximo á su ruina el mundo. Entonces Moisés pensó ya resueltamente con idea fija, y puso por obra, con propósito deliberado, el Éxodo maravillosísimo de Israel. Falto de palabra, pues decía para calificar su torpeza y su tardo balbuceo que Dios le dejara incircuncisos los labios, confió á su hermano, el gran sacerdote, la elocuencia, reservándose para sí obra y acción. Cada hebreo pidió á su vecina los objetos preciosos y los trajes ricos, partiéndose á media noche hacia un país de delicias prometido por Dios á sus predilectos. Y la primer comida pública celebrada tras

Éxodo tal ha quedado con tanto arraigo en la memoria de Israel, que hoy mismo se llama la Pascua.

Faraón en su trono sintió mortal herida viendo los israelitas apartarse de su pueblo. Muy trabajadores, habían cooperado en primer término á las colosales obras egipcias, y puesto, ladrillo sobre ladrillo, en el desierto, aquellos monumentos cuyo grandor pasma todavía hoy á las generaciones vivientes. Así expidió contra ellos, para que los aprisionaran y los detuvieran, sus tropas, compuestas de mil pueblos diversos é ignorantes del territorio que defendían. Todas las investigaciones geológicas de nuestro tiempo se hallan contestes en afirmar que los desiertos vecinos al mar Rojo y los bordes mismos de tal mar han pasado por lentas pero profundas alteraciones. Muy caldeo Moisés, y por ende industriado, así en el curso de los astros como en el curso de las mareas, llegó al Rojo mar de la tradición cuando sus aguas estaban en bajo, y lo pasó á pie enjuto, mientras sus perseguidores llegaron á la hora nefasta en que las mareas recrecían de nuevo é inundaban los arenales, de todo en todo secos había poco. Entonces nada tan propio como aquel cántico de guerra que loaba en sonoras asonancias al Eterno, porque sumergió carros, caballos, jinetes, en las aguas alteradas. Nada más natural que ver las bocas de los abismos abrirse para tragarse á los enemigos de Dios; nada más natural que oír el soplo huracanado y terrible de la cólera celeste azotando las aguas para encresparlas y arremolinarlas contra los enemigos de su nombre; nada más natural que ver un santuario celestial dibujándose

allá en los espacios sublimes del cielo, mientras los Faraones, ó mejor dicho sus soldados, caían cual plomo en la eternidad.

Bien pronto empezaron los hebreos á sentir las tristezas del desierto. Bien pronto vino el desengaño terrible sobre sus corazones. A cada paso comparaban la penosa libertad conquistada por tanto precio con el dorado cautiverio que tenían á sus espaldas en su recuerdo. El hambre y la sed los azotaban y ellos hubieran preferido morir bajo los castigos de sus dominadores. Al poco tiempo habían rehecho el buey Apis de su llorado Egipto, ese buey Apis á quien llamamos nosotros el becerro de oro. Moisés, indignado, se volvía contra ellos. Y de tal manera llevaban las supersticiones egipcias en sus conciencias y en sus retinas, que su propio legislador y profeta se les aparecía como el Júpiter Ammón de los desiertos nubios, con cuernos en la frente. Entonces comprendió Moisés cuánto necesitaba, si había de formar un pueblo, ligarlo con las ligaduras formidables de las leyes. Y ligólo así después de haber subido á las cumbres del Sinaí y haber visto la faz divina tras el rayo que culebreaba por los cielos y haber oído la divina voz en el resonar estruendoso de las grandes tempestades. El éter increado, la immaculada luz, el rayo que baja, el trueno que retumba, el relámpago que hiende las nubes, el incendio que devora las selvas, todas estas manifestaciones del fuego creador inspiran por maneras muy análogas y muy parecidas á los autores del libro de los indios, del libro de los iraníes, del libro de los judíos. Tres veces ha estado Moisés en

el alto Sinaí, y tres revelaciones ha debido recibir para imponerse á su pueblo y de su pueblo señorearse. Tal es, tan grande y misterioso, el origen de aquellas leyes, que regirán á los hebreos y pasaran á los cristianos.

La tierra prometida resultó para los israelitas un grande y terrible desengaño, cual todas las realidades históricas. En las orillas del Nilo cogían abundante grano y las sabrosas frutas que llevan todas en sus mieles aquellos azucarados jugos de los meridionales campos. Así es que la diferencia entre los verjeles de Gessé y las arideces de Palestina resaltaba con mucho relieve á la vista del pueblo nómada y errante por las soledades inmensas del desierto. Las ollas del feraz Egipto han pasado á todas las lenguas. La tristeza de los judíos por su pérdida se ha repetido hasta llegar á refrán en todas las lenguas cultas. Y, en efecto, allí tenían abundante caza, pesca del río, dulces y embriagadores vinos, dátiles regalados que pendían de las sonoras palmeras, higos de increíble dulzura, granadas refrescantes, todo aquello que pudiera soñar la imaginación y apetecer el gusto, mientras en el camino á la tierra prometida sólo encontraban aquellos infelices la esterilidad inmensa del desierto. De aquí el acesarse tanto la voluntad incontrastable de Moisés para sostener una fe que á cada paso desmayaba; para combatir con esos enemigos que solían fácilmente condensarse por aquellas tierras tan expuestas de suyo á emboscadas; para divertir el pensamiento y atención populares de la idolatría y del paganismo á que los invitaba el viviente recuerdo

de la vieja tierra, donde habían hallado, si los tormentos del alma bajo la tiranía, los regalos del cuerpo en una constante abundancia. La tierra prometida representa con verdad la distancia existente por ley natural entre las promesas y las rivalidades sociales. Moisés llevó su pueblo á un gran desengaño.

A pesar de todo esto, las raíces arraigaron en aquel territorio desolado. Merced á él Jerusalén se constituyó en singular tribu de profetas guerreros. Cuando Moisés prescribía ritos sangrientos, y con gotas de sangre rociaba los cuerpos de sus hijos, bien sabía dónde iban todas estas prácticas, encaminadas naturalmente á darles un carácter guerrero en consonancia estrecha con su histórico ministerio y con el cumplimiento de sus fines sociales. Al mismo tiempo el desierto uniforme confirmaba la unidad misteriosa del terrible Dios, y aislaba unos de otros aquellos pueblos divididos y separados por soledades inmensas. Jerusalén se levantaba sobre colinas pedregosas y estériles. El Jordán parecía un río de lágrimas. No lejos extendíase con todos sus horrores el mar Muerto, mar de pesadas y bituminosas aguas. Nopales de agudas espinas erizados, olivos cubiertos de una gran tristeza, higueras empolvadas ofrecían algún lenitivo al amargor natural producido por aquella terrible desolación. Así es que los alrededores de Jerusalén habían sugerido á los israelitas el infierno. En la Judea existen valles rientes como los valles de Nazareth, lagos azules como los lagos de Tiberiades, palmeras airosas como las palmeras de Jericó; mas en

Jerusalén, en aquel sitio llamado por las hipérbolas orientales ombligo del mundo, sólo se veía la tristeza consiguiente á la soledad y aridez de un verdadero desierto. Tierra tan seca y estéril correspondió por completo á su destino; porque allí, en aquella soledad nada codiciable, pudo una raza entera vivir como en sagrado retiro y dedicarse al culto de una idea necesaria para la historia futura.

A Moisés, que no pudo entrar en el suelo prometido, siguió Josué, y á Josué la organización política y social denominada universalmente período de los jueces. Aunque tal organización cuadraba mucho al carácter y al temperamento de los judíos, no puede, no, desconocerse que fué seguida inmediatamente de irremediable anarquía. Muchos historiadores califican este período como aquel en que más resalta un sistemático menosprecio de las mujeres entre los israelitas. Pero creo que no se funda tal calificativo en lo que acusan y revelan ciertos datos históricos. Ya hemos dicho cómo las leyes contrariaban á las costumbres en Judá. Mientras aquéllas oponían todos los obstáculos dables á la poligamia, éstas la practicaban por tradición. Ya hemos dicho cuántas mujeres, además de la primera y legítima, solían tener los patriarcas bíblicos. Pero confesando y reconociendo esto no puede negarse que Israel se los aparece de antiguo en la historia como el pueblo donde las mujeres ejercen mayor influjo, especialmente si á los otros pueblos asiáticos se les parangona y compara. En esta misma edad, calificada por eruditos como aquella en que más el poder de las mujeres en la historia israelita se

ócultas, vemos aparecer grandes representaciones del bello sexo, las cuales han dejado como indeleble huella de su paso por el espacio y por el tiempo. En tropel vienen los nombres ilustres á confirmar estas aserciones nuestras, pues con sólo decir que pertenecen á tal edad heroínas como Débora, como Jahel, como la hija de Jephthé, creemos haber dicho bastante para mostrar toda la grandeza y toda la eficacia que tienen los encantos de la mujer en este curiosísimo período.

El tipo de la hermosísima Débora queda como grabado en la memoria universal. ¡Ah! La montaña de Efraím la servía como de pedestal y el clarísimo cielo de Judea la servía como de tienda. Troncos y hojas de palmeras la daban asilo en choza dispuesta como las habitaciones de guerra y de campaña. Sobre tales alturas, y por designación más ó menos expresa de la conciencia popular, Débora ejercía el cargo de juez, ó sea el mayor que pudiera entonces en Israel ejercerse. Su poder, el poder tanto de su palabra como de sus ojos, rehizo la voluntad tristemente débil de los suyos, que proclamaron á Barac general de las huestes israelitas armadas contra el rey de los cananeos. Llamábase Jávín este rey como su general se llamó Sísara. Reunidos por la voz poderosísima de aquel su oráculo, por la voz de su fuerte Débora, combatieron los israelitas al pie del Thabor y triunfaron á una en triunfo inmarcesible. Débora, cantó célebre cántico de guerra, el más antiguo quizá que guardan los anales de nuestra historia. Puesta por su ardorosa vocación al frente de los ejércitos fieles, pudo con

sus ojos ver la victoria, y después de vista la victoria pudo anunciar con sus previsiones proféticas el castigo y muerte de Sísara. «Benedicid al Eterno, decía, que nos ha confiado su venganza. Escuchad el cántico de loa consagrado por mí al Dios de Israel. Cuando Jehovah marchaba en defensa nuestra, estremeciósese la tierra y los cielos se liquidaron en lluvia. Pusiéronse de hinojos las colinas, y con las colinas el sublime sagrado Sinaí. Y bien habíamos menester tal defensa, porque antes de nuestra batalla no podían nuestros hermanos andar por los caminos de Judá y tomaban los atajos desconocidos y extraviados. Ni las ciudades mismas ofrecían habitación para nosotros. Habíanse los muros cerrado al pueblo de Dios y abiértose al infiel y al extranjero. Las súplicas nuestras han llegado tan alto, que hasta los cielos y sus ejércitos de astros han combatido por nosotros. El torrente seco se ha hinchado con las lluvias y de madre ha salido para cubrir ó anegar las lanzas enemigas rotas en mil pedazos. Y así ha salido Israel como el sol cuando amanece con todo su esplendor por el Oriente.»

No menos que á Débora, Israel alaba en sus cánticos á otra mujer. Y esta mujer no es judía, es de tribu extranjera. Se llama Jahel. Su acción se repite mucho en la Biblia; pero no deja por eso de ser digna de observación particular á causa lo mucho que contradice la naturaleza delicada y débil de la mujer. Iba Sísara, el general de los cananeos, en fuerte carro de hierro, el cual resplandecía y tronaba como nube de tempestad en las montañas. La victoria de Israel obligóle á dejar su carro y buscar á

pie asilo seguro en vecina tienda. Y esta tienda pertenecía en propiedad á la mujer de un tal Heber llamada Jahel. Y en cuanto llegó allí, pidióle de beber el general de los infieles por hallarse muy sediento. Y Jahel abrió un odre que tenía cerca de sí, odre tan limpio como fresco, y le dió un vaso de leche. Después de haber bebido Sísara se acostó, no sin rogar á Jahel que ocultase á todo el mundo su lecho y sueño. Arropólo Jahel y le dejó dormir tranquilamente. Mas una vez dormido, tomó Jahel un clavo, y, arrastrándose con sigilo á la cama donde roncaba el fatigado y roto general, clavóselo de un martillazo en la sien y lo dejó allí muerto. La madre de Sísara, que le aguardaba, preguntó desde su tienda por su hijo, y respondióle con horror el caballo que venía herido y el carro que venía roto. Así en las últimas estancias de su guerrero cántico, Débora consagra naturalmente loas innumerables y sin término á la heroína Jahel, quien, extranjera de suyo y en tierra extraña nacida, se ha vuelto como á un toque de Dios y ha traspasado con los martillos y con los clavos de su tienda la cabeza de Sísara. Y no menos loas merece por su parte la hija de Jephthé quien, para desarmar la cólera del Eterno, se presenta como víctima propiciatoria y extiende á la cuchilla el cuello y se deja inmolar en las aras cruentas del holocausto judaico.

Tras la época de los jueces viene la época de los reyes. Samuel, conociendo que los israelitas propendían de antiguo al gobierno monárquico, dispuso la organización de una teocracia interesada en contrastar, ó por lo menos impedir, toda monar-

quía. Bajo tal pensamiento y con tal propósito suscitó los profetas, quienes cultivaron la poesía lirica, el arte más propio de los pueblos semíticos, el arte, ó sea una verdadera religión. Pero si tuvo estas previsiones, también tuvo la imprevisión de nombrar jueces á sus hijos. Y sus hijos mercadearon la justicia, vendiéndola por mercedes. El pueblo pidió monarca, y Samuel describió en habla inmortal todos los horribles dolores que habría de pasar el pueblo entregado al poder de uno solo. Mas insistiendo los israelitas, ungió á Saúl por su belleza varonil y por su desmesurada estatura. Ungiéndolo creyó que se acordaría del origen de su poder y que se mantendría fidelísimo al sacerdocio. Pero entre los poderes civiles y los poderes religiosos, en cualquier forma que mutuamente se determinen, existe un irremediable antagonismo. Aarón era hermano de Moisés. Pues á pesar de tal parentesco estallaron conflictos innumerables entre los dos representantes de poderes tan contradictorios. Así es que Samuel suscitó á David contra Saúl, y David, en efecto, ciñóse la corona de Judá.

David resplandece con gloria en el mundo por sus poesías y por sus hazañas. Guerrero, sus victorias amedrentan á los caldeos y á los fenicios. Profeta, sus salmos resonarán en todos los oídos, mientras brillen los cielos y viva la tierra. Pero Samuel no se había engañado al anunciar las calamidades que iba la monarquía necesariamente á traer sobre Israel. No curarán los reyes como habían curado los jueces del puro dogma hebreo; no mantendrán tan aislado su alto santuario como la teocra-